

nos hace superiores á todos los séres de la tierra. Solamente cuando llegado su turno vió destacarse en lo alto del patibulo al animoso jóven á quien hemos admirado ofreciendo su vida en holocausto del amor filial, besar contrito el crucifijo que le presentaba un religioso, alzar la cabeza al cielo como pidiéndole valor para llevar adelante aquel costoso sacrificio, y en seguida abandonarla á merced del ejecutor encargado de consumarle, pareció brillar en su mirada un destello de inteligencia que pasó fugaz cual chispa fosforescente en noche oscura.

—¡Mira, mira á nuestro hijo Andrés! dijo á la anciana; ¡cuán gallardo está! ¡Dios le bendiga! ¡No le ves cómo fija la vista en el firmamento? Es que hoy sin falta tenia que remontarse allí, conducido por los ángeles del Señor. Ha hecho bien en escoger tan feliz morada. ¡Andrés, Andrés, continuaba el viejo dando grandes voces; yo tendré cuidado cuando asciendas, para marchar en tu seguimiento!

La desconsolada madre no tuvo fuerzas para resistir aquella terrible escena; flaqueáronla sus trémulas rodillas, y cayó desplomada en tierra, hiriéndose la frente contra el pilar de un edificio que á la inmediacion se hallaba.

Sabida su cualidad de padres de uno de los ajusticiados, nadie prestaba socorro á los desventurados esposos, temiendo incurrir en la cólera del monarca: únicamente un hombre vestido con el traje de los rabíes ó doctores judíos, atravesando por medio del apiñado populacho, se llegó á ellos, y observándolos, parado, un corto espacio, trabó del brazo á la anciana procurando levantarla, diciéndola al mismo tiempo:

—Mujer, cuidado de vuestro marido que ha perdido la razon para nunca recobrarla. Ved cómo fija impasi-



ble su mirada en el sol, signo cierto de locura sin esperanza de remedio.

El que esto decia era el famoso Abraham Aben Zarsal, médico y astrólogo del rey D. Pedro.

Al escuchar estas palabras, dichas por tan autorizada persona, dió treguas á su dolor profundo la madre desconsolada para hacer lugar á los santos deberes de la compañera amante y fiel. Sirviendo de guia al enajenado, que se dejaba conducir como un niño, le sacó del bullicio en direccion al hogar doméstico, donde juzgaba encontrar algun reposo. ¡Vana esperanza! La casa estaba ocupada por los sayones encargados de apoderarse de ella como perteneciente á los bienes de un traidor.

Entonces la pobre vieja alentada por el valor propio de su sexo en las grandes ocasiones, volvió á asir la mano del enfermo, que aquejado por el hambre devoradora comun en los alienados, se resistia á caminar sin satisfacer su apetito, y fué á llamar á las puertas de varios deudos solicitando un pedazo de pan para su esposo y un momento de descanso para sí; todas se cerraron ante tamaña desdicha.

Así llegaron arrastrando su pena hasta puerta Bisagra, por la cual salieron á través de los campos implorando la caridad pública, aquellos ancianos tan ricos y felices pocos dias antes.

### III.

*D. Pedro y D. Enrique*

Once años han pasado, durante los cuales el espectáculo de sangrientas ejecuciones llevadas á cabo con

un refinamiento de crueldad propio solo del ciego gentilismo, habia estremecido las aldeas y ciudades de Aragon y Castilla, cuando el estruendo de las armas no ensordecia sus montes y llanuras. Ni un momento de huelga vislumbraba el ánimo en lo presente, ni una hora de grato solaz para el porvenir, y el espíritu fatigado en aquella lucha sin descanso, ó se abandonaba á la postracion ó anhelaba un medio que la pusiese término, si quier fuese reprobado é ilegal.

Los monarcas de entrambos países parecian empeñados en ruda competencia de inhumanidad y tiranía, segun los actos sanguinarios con que desahogaban su natural irascible, muchos de los cuales sometidos al recto fallo de la razon fueran ejemplos de notoria justicia, á no venir acompañados de circunstancias tan repugnantes que, lejos de producir enmienda conveniente, solo excitaban la compasion hácia quienes nunca debieron ser mirados sino como grandes criminales. Ya habia el aragonés hecho derretir la campana que convocaba á los conjurados de la "Union" y tragar el líquido candente á los principales asonados en contra suya, al paso que recompensaba con afrentosa decapitacion la nunca desmentida fidelidad que siempre le guardó su leal y sábio consejero D. Bernardo de Cabrera, cuando el castellano, segun pública voz y fama, hacia dar tósigo á la sin ventura doña Blanca, convocando Cortes, con cuyo asentimiento autorizó siempre sus principales determinaciones, que reconociesen legalmente su matrimonio con doña María de Padilla, declarando en consecuencia legítima la prole fruto de este enlace; y hasta el rey de Portugal, de carácter mucho más apacible que los dos anteriores— hacia arrancar el corazon por la espalda á los causantes de la muerte de su infortunada esposa doña Inés

de Castro. Juzgue el lector cual sería la situación de España con semejantes encargados de dirigir el gobierno del Estado.

Empero se aproxima para Castilla la catástrofe de aquella larga tragedia. Treinta mil hombres que con el dictado de "Grandes compañías ó Compañías blancas" infestaban el suelo de la Francia, fueron persuadidos por el famoso Beltran Duguesclin á llevar la guerra bajo sus órdenes á la otra parte de los Pirineos. Allá van esas cuadrillas de bandoleros, informe mezcla de gentes de todas naciones, á ejercitar sus inclinación al robo y libertinaje, ociosa en la actualidad á causa de las paces ajustadas con Inglaterra: el conde de la Marca, el señor de Beaujeu, de la sangre real francesa, deudos de Blanca de Borbon y ansiosos de vengar los desmanes contra ella cometidos, se incorporan á la expedición acompañados de la flor de la nobleza de su país. Don Enrique de Trastámara á la cabeza de sus numerosos parciales comanda al ejército invasor. Calahorra, Búrgos, Toledo, le abren sucesivamente sus puertas, aunque mal su grado y por imposibilidad de resistir las dos últimas, llegando sus corredores á intimar á la villa de Madrid la proclamación del bastardo como único soberano.

—Decid á vuestro señor que mientras viviere don Pedro de Castilla no reconoceremos otro rey legítimo, fué la contestación que el concejo y hombres buenos dieron al heraldo encargado del mensaje.

No podía convenir al invasor tolerar este mal ejemplo de desobediencia á su mal cimentada autoridad, dejando al mismo tiempo á retaguardia una población fortificada naturalmente, cabeza de un extenso territorio, animado de los mismos sentimientos hostiles contra la nueva monarquía; así fué que, apercibiendo sus

huestes, púsose en marcha con diligencia, haciendo á los pocos dias alarde de ellas en las riberas del Manzanares.

Seguros los madrileños de que la enérgica repulsa dada á los parlamentarios del usurpador habia de atraer sobre ellos las numerosas fuerzas combinadas, no habian cesado un punto de preparar los medios de llevar á cabo una resistencia heroica, cual cumplia á los ínclitos varones, encargados por sus convecinos de sostener sin mengua el sobrenombre de leales con que ya de antiguo se honraban en el extremo.

Barreadas las principales entradas y sitios más accesibles, procedióse desde luego á encomendar su defensa á los jefes de las familias más esclarecidas, auxiliados de sus parientes y vasallos.

Al brío de los Luzones se confió la puerta de Guadalajara; los Luxanes resistirian en Puerta Cerrada; en la de Moros mandaban los ilustres Lassos de Castilla; los Herreras en la de la Vega; el abad y los monjes de San Martin se obligaron á sostener la bandera del concejo en el postigo del nombre de su titular y puerta de Santo Domingo.

Aquí habian colocado una vieja cerbatana, sustitucion de le antigua catapulta, donada por Alfonso VI al ayuntamiento, despues que se hubo servido de ella para conquistar la villa en 1084 (1). Con este ingenio arrojaban por elevacion balas hechas de piedra y mortero (de las cuales pueden haber tomado su nombre las piezas de artillería así llamadas actualmente)

---

(1) Existe en el museo de artillería. Su ánima está formada por dos cilindros; el uno tiene dos pies de arista por dos pulgadas de diámetro; sobre este cilindro se prolonga el otro con igual longitud que el anterior por veintidos pulgadas de diámetro.



sobre el campamento enemigo, sito en las alturas del camino de Fuencarral, molestándole en sumo grado lo certero de sus fuegos curvos, ya muy conocidos por entonces, como tambien la pólvora ó nafta, segun parece la nombraban.

Extraño en verdad era el aspecto de la milicia abacial con el almete bajo la cogulla y la cota de armas sobre la túnica de cenobita; pero acreditado tenian en muchos campos de batalla aquellos hombres de tan heterogénea vestimenta su indomable valor cuando la ocasion lo requeria. Acostumbrados á la ciega obediencia del claustro y seguidos de gran número de sirvientes y afiliados, unidos á ellos por gratitud á los cuantiosos beneficios que las comunidades religiosas dispensaban á cuantos se hallaban á su alcance, y en especial á sus terratenientes; con una forma de gobierno democrática y fraternal; mirando al superior cual padre venerado y no como tirano aborrecido; enaltecida de este modo á sus ojos su propia condicion, formaban las tropas de abadengo un cuerpo homogéneo y compacto muy superior en disciplina á los contingentes suministrados por los pueblos de señoría, behetría y realengo, que hacian de los ejércitos españoles de la Edad Media una confusa mezcla de opuestos elementos, muy difícil de organizar á no hallarse enlazadas todas sus partes con el poderoso lazo de la creencia religiosa.

Para completar la enumeracion que vamos haciendo de los capitanes encargados de la defensa del recinto madrileño, sólo nos resta añadir que los Barrionuevos campaban en la puerta de Balnadú y huerta de la Priora, guardando el Alcázar Ivan Ramirez, aquel peregrino, antiguo conocido nuestro, de quien hicimos larga mencion en la primera parte de esta leyenda.

Tomadas estas disposiciones aún faltaba nombrar el adalid ó caudillo, á quien el voto general confiriese autoridad suficiente para reunir en un solo pensamiento los esfuerzos comunes, sin que una vez elegido pudiera nadie evadirse de obedecer sus mandatos, so pena de ser considerado como traidor.

Unánimes estuvieron los pareceres, pues el peligro arreciaba y no habia lugar para andarse en vacilaciones, en resignar el mando supremo en la persona de Hernan Sanchez de Vargas, señor de Cobeña, descendiente de Ivan de Vargas, veterano de Alfonso XI, y sugeto el más á propósito para imponer á grandes y pequeños, por la firmeza de su carácter, maestría en las cosas de guerra, y ser uno de los más afincados próceres en muchas leguas alrededor.

Quizá no desagrade á los lectores un ligero resumen de las ceremonias con que se le dió posesion de su cargo, iguales á las usadas siempre en idénticas circunstancias.

Reunidos doce de los principales ricos-hombres que habian honrado con su voto al elegido, en la plaza principal del Alcázar, lo levantaron en pié sobre un escudo y le volvieron sucesivamente hácia las cuatro partes del mundo, en cada una de cuyas cuatro direcciones hizo el novel capitán una cruz con la espada desnuda diciendo: „Yo, Hernan Sanchez de Vargas, desafío en el nombre de Dios, á todos los enemigos de la fé, de mi señor el rey y de la tierra.“ Dicho y hecho lo cual le bajaron al suelo y poniéndole el alférez mayor en la mano el estandarte de la villa le dijo: „Yo te otorgo en nombre del rey que seas adalid.“

A este tiempo los enemigos iban estrechando el cerco, y ya se habian cruzado algunos tiros entre los puestos avanzados sin que los generosos defensores

manifestasen decaimiento de ánimo ni cesasen un punto en su resolución de resistir á todo trance. Los ágiles ballesteros de la campiña de Alcalá, los diestros honderos de Vacia-Madrid y Arganda, los sóbrios y robustos montañeses de la serranía donde nace el Manzanares, habian acudido presurosos al socorro de sus hermanos y señores; la poblacion estaba bien abastecida de vituallas, que se habian tenido cuidado de almacenar, y el prudente Vargas sólo esperaba la formal acometida del contrario, resuelto á no aventurar combate decisivo sino al abrigo de las fortificaciones del pueblo y asperezas del terreno inmediato, desprovisto como se hallaba de gente de á caballo, en que consistia la principal fuerza del ejército de D. Enrique.

Mas en tanto llega este crítico acontecimiento, que por instantes se esperaba, apartémonos un breve rato del tumulto de los aparatos bélicos, trasladándonos con la imaginacion al locutorio del real monasterio de Santo Domingo, donde se advertia gran concurrencia y un bullicio inusitado en aquella mansion del reposo y la tranquilidad.

Queriendo los hidalgos más notables poner á buen recaudo á las mujeres de su familia de las eventualidades de un asalto, dado por agentes aviesas y desalmadas, cual eran los auxiliares del bastardo de Trastámara, dispusieron acojerlas bajo la salvaguardia del claustro, ínterin el riesgo no se desvaneciese. Así es que la extensa sala de visitas ó parlatorio era estrecha en tal ocasion para contener la parte más lucida de las ricas hembras madrileñas á quien sus parientes y amigos hacian gustosa compañía, cuando el deber les dejaba algun tiempo que dedicar á tan grata ocupacion.



Un grupo de caballeros conversaba con las respectivas esposas de Vargas é Ivan Ramirez, mientras la hija de la primera observaba, sentada junto á su madre con aparente distraccion, los movimientos de un bizarro jóven, que por una série de ingeniosas evoluciones y rodeos, que sólo un amante puede comprender y llevar á cabo, procuraba acortar la distancia que le separaba del imán de su albedrío. Tentados estábamos, ya que la ocasion se viene como llovida, de ensartar un largo discurso sobre la influencia magnética, afinidades simpáticas, atraccion molecular, etcétera, etc., con lo que ganaríamos fama de hombres graves y doctos en ciencias; pero no incurriremos en tal desliz: despues de maduras reflexiones, hemos acordado, que así como el mancebo en cuestion, sin entender palabra de semejantes cosas, sirviéndole de norte unos bellos ojos, atrayéndole de una manera irresistible lo gracioso y esbelto de un airoso talle, y simpatizando hasta perder el juicio con una sonrisa de Aurora y un agradable bien decir, consiguió al fin verse al lado de la noble doncella, que por su parte hizo cuanto le fué posible para secundar las intenciones del apasionado mozo, así tambien podremos nosotros, sin meter nos en dibujos, referir en lenguaje liso llano el breve coloquio que entabló el heredero de Ivan Ramirez, que no era otro el enamorado, con la señora de sus pensamientos.

—Cercano á entrar en desigual pelea, prorumpió el jóven, vengo á devolveros la fé que me teneis prometida, depositada sobre mi corazon; pues tan celoso soy de su entereza que evitaré cobarde los golpes enemigos temiendo que alguno de ellos abra puerta en mi pecho dando salida á tan preciada alhaja: admitirla, señora, para restituírmela con creces, si tengo la dicha de vol-

ver á reclamarla, y si no torno más, para que dispongais de ella segun os plazca, olvidando á este desgraciado, no por haber muerto como debe morir un caballero, sino por verse privado de vuestro amor.

—No es propio de las hembras de mi solar recoger la palabra que una vez empeñaron: conservadla en buen hora y corra la suerte que á vos tocara, que yo por mi parte, ínterin acudis donde la honra os demanda, quedo rogando en esta santa casa por la feliz andanza de los míos, firmemente resuelta á tomar en ella el velo de las esposas de Cristo, si no me es posible serlo vuestra.

—¿Tanto me amais, Elvira?

—A lo que acabo de manifestaros, vanas serian cuantas palabras añadiere; plegue á Dios no os ocurra algun contratiempo, pues entonces vereis por mi conducta que á las mujeres de mi calidad sólo en las ocasiones se conoce.

Bruscamente fué interrumpida la dulce conferencia de los dos amantes por el doblar arrebatado de todas las campanas de la villa.

Era la señal convenida para poner en armas á cuantos varones habia capaces de llevarlas.

El tumulto, el sobresalto, sucedieron á las tranquilas pláticas: las mujeres derramando amargo llanto por las prendas de su cariño, los hombres tratando con voz entera de infundirlas ánimo, esparcieron en aquel recinto una desordenada confusion, más fácil de concebir que de explicar.

—Madre, dadme vuestra bendicion, exclamó Garci-Ramirez aproximándose á esta señora.

—Con bien vayas, hijo mio, contestó ella abriendo sus brazos y estrechándole contra su pecho.

Y con esto y dirigir á Elvira de Vargas un cariñoso

saludo desapareció seguido del escudero Mendo, encaminándose á toda prisa al puente de Matalobos, cuyo paso, fortificado y convertido en un respetable baluarte, estaba encargado de defender.

#### IV.

### Defensa.

Cuando llegó á este sitio, ya el campo enemigo se movia con intencion manifiesta de asaltar el muro. Muchas compañías de peones provistas de largas escalas, marchaban apoyadas por numerosos cuerpos de caballos cubiertos de hierro que desembarazasen toda la campaña: las bastidas y otros ingenios de guerra montados sobre fuertes ruedas de hierro y madera, se aproximaban lentamente á impulso de los obreros encargados de su manejo: unas coronadas de los más diestros archeros habian de difundir con sus saetas incendiarias el espanto y la destruccion, tanto en el pueblo como entre sus defensores; otras colocadas á distancia conveniente arrojarian sobre las murallas sus largos puentes levadizos facilitando paso á los invasores.

Sin acobardarse el adalid madrileño hizo salir la mayor parte de las fuerzas de su mando por la puerta de Guadalajara, formándolas en haz al frente del enemigo, apoyando el flanco izquierdo en el torrentoso arroyo de Matalobos y el derecho en los espesos olivares, caseríos y enriscadas eminencias próximas á la ermita de San Sebastian. La primera línea con una rodilla en tierra, sostenidas las picas en posicion diagonal, el cuento fijo en el suelo y los escudos aferrados

uno en otro, á usanza de la antigua falange macedónica, esperaba la embestida de los hombres de armas de Duguesclin. La segunda en pié, cubriendo con sus lanzas la cabeza de los más delanteros, amenazaría especialmente el pecho del atrevido caballero puesto al alcance de aquella animada trinchera erizada de agudas puntas: á retaguardia los ballesteros y honderos protegerían con sus tiros á las dos líneas anteriores.

El señor de Luzon mandaba el cuerpo de batalla. Vargas con una tropa de escuderos á la jineta quedó en reserva sobre un ribazo para dar órdenes y acudir donde fuese necesario.

Un sangriento episodio precedió al choque de ambos ejércitos. Dos compañías bretonas de las asoldadas por D. Enrique, se habian apoderado la noche anterior, dirigidas por algunos aldeanos conocedores del país, de un santuario dedicado á San Onofre en el camino de Fuencarral. No era posible que caudillo tan inteligente como Hernan-Sanchez permitiese al enemigo alojarse tranquilo en una posicion casi tocando á las defensas de la plaza. Así que determinó enviar contra ella algunas tropas ligeras que se apoderaron del edificio con muerte ó prision de los defensores, incendiándole y degollando sin piedad á los villanos confidentes de los extranjeros.

El terreno que separaba á una y otra hueste iba desapareciendo bajo los piés de los enriqueños: ya se percibía claramente el tañido de los timbales y trompetas, el relinchar de los caballos y las voces de mando de los jefes de las compañías blancas: los madrileños, por su lado, firmes ante el peligro, hacian resonar el aire con el estruendo de sus atabales y tambores.

—Ea, sus, gritaba Vargas con voz terrible, recorriendo las filas enarbolado el pendon blanco con el

oso prieto; valientes del Salado, de Algeciras y Gibraltar, hoy es el día que ha de admirar el mundo lo mucho que sabemos hacer de nuestras personas, llevando la preza de la batalla contra esos malandrines desaforados que de lueños comarcas han venido á ejercer en esta hidalga tierra las demasías á que están acostumbrados. Ilustres varones y hombres buenos de la villa y arrabales, hé ahí al enemigo; fementido sea quien el rostro vuelva; esgrimid esforzados vuestras armas y huyan lejos de nosotros esas cuadrillas de aventureros al apellido de ¡Nuestra Señora y Madrid!

—Breña y Duguesclin, se oyó contestar de la opuesta banda á los escuadrones enemigos, cerrando al mismo tiempo con los apercebidos madrileños, que los recibieron en sus lanzas sin cejar una pulgada, sembrando el terreno de ginetes y caballos. Pero á aquella embestida siguió otra y otras sucesivamente; nuevas compañías de refresco reemplazaban á las rechazadas por unos hombres cansados de pelear, conociéndose al cabo de rato que serian menester grandes esfuerzos de valor por parte de los sitiados para contrarestar la desigualdad del número.

Ya la infantería de Trastamara habia logrado rebasar el ala derecha de los parciales de don Pedro, á pesar de las grandes pérdidas que le costó la empresa. En vano un intrépido caballero que defendia cierta torre, llave de la posicion, luchó hasta perder el último hombre. El mismo cubierto de heridas fué conducido prisionero á presencia del pretendiente á la corona, que admirando su valor quiso hacerle mercedes.

—Guarda tus dones, respondió, para los asalariados que te acompañan, que yo sólo del rey de Castilla he de recibir premio y recompensa.

—Tu contestacion merecia la muerte, repuso el con-

de, mas soy aficionado á los valientes y te otorgo la vida.

— No quiero vida sin honra, y me juzgaré afrentado desde el punto que deba la existencia á un traidor mal nacido como tú eres.

Poco rato despues era ahorcado este indómito defensor del monarca legítimo, y la memoria de su lealtad dura aún, consignada en una calle que, con el nombre de la Torrecilla del Leal, se formó posteriormente en el paraje donde existia la pequeña fortaleza que defendió con tanto heroismo.

Tambien por el ala izquierda se habia peleado con encarnizamiento, aunque con mejor éxito para la causa madrileña. Un considerable cuerpo de caballería bretona, á fuerza de constancia y despreciando la granizada de saetas con que los ballesteros diezaban sus filas, parapetados en los árboles y asperezas de la ribera, consiguió atravesar el torrente, presentándose ante la puerta de Santo Domingo (1), con ánimo de penetrar en las calles. El abad de San Martin hizo franquearles el paso, y cuando ya internados en la poblacion contaban asegurado el triunfo, multitud de combatientes que se agolpaban por todas partes animados con el sonido de las cornetas y bocinas, cargaron sobre ellos con tal furor, que no les quedó arbitrio entre rendirse á discrecion ó perecer al filo de la espada.

En tanto ocurrían estos sucesos, un escudero de Vargas llegaba al baluarte de Matalobos, y en nombre del adalid ordenaba al capitán Garci-Ramirez procura-

---

(1) Sita donde ahora la plazuela de este nombre, hácia el principio de la que hoy es calle Ancha de San Bernardo.

se llamar todo lo posible la atención del enemigo, interin Hernan-Sanchez hacía un esfuerzo supremo para restablecer la fortuna, harto contraria en el otro extremo.

Apenas recibida la orden por el jóven y contestado al mensajero dándole cuenta de sus proyectos para inteligencia del caudillo, hizo preparar mil hombres determinados y con ellos se entró por las bocas de tres anchas minas que se abrían cabe los estribos del puente (1) yendo á salir hácia las casas de Maudes, á espaldas de los pabellones coaligados. ¡Tanta era la longitud de aquellas galerías subterráneas!

Inexplicable fué la sorpresa de las grandes guardias del campamento sitiador al ver asaltados sus atrincheramientos cuando y por donde ménos podían esperar: el pasmo no dió lugar á la defensa, y los audaces agresores que parecían haber brotado del seno de la tierra, discurrían por todas partes incendiando las estancias y máquinas de batir, destruyendo los almacenes y difundiendo la muerte en el confuso tropel de fugitivos que ante ellos se precipitaban arrojando las armas como embarazoso estorbo á su carrera.

Bien luego las densas columnas de humo que oscurecían la luz del sol advirtieron á los dos ejércitos el desastre acontecido en las tiendas de D. Enrique. Un grito de victoria se difundió por las filas de los madrileños, y penetrantes alaridos de rabia se dejaron oír entre sus adversarios, que ya llevaban lo mejor de la batalla. Las grandes compañías que sólo guerreaban alentadas con la esperanza del botín, comenzaron á

(1) Posteriormente se formó en este des poblado la actual calle, que conservó el nombre de las Minas en recuerdo de las mencionadas.

dispersarse temiendo perder el fruto de sus depreciaciones depositado en los bagajes, si pronto no acudían á remediar el daño. Duguesclin mismo, animado de igual temor, corrió á toda brida seguido de la mayor parte de sus hombres de armas, en direccion al destrozado campamento, dando con esto sobrado deshojal al adalid del concejo para tocar á recoger y retirarse en buen órden á la villa.

Imposible se hacia por momentos que la reducida tropa de Garci-Ramirez no fuese despedazada á impulsos del formidable aluvion de caballos bardados que sobre ella venia.

El choque era inevitable, y el camino subterráneo que habia servido para la sorpresa imposible de tomar, teniendo en cuenta lo apremiante del riesgo y la facilidad con que una vez descubierto podrian los contrarios ocupar la salida. En tan crítico lance las filas se abren, los soldados se esparcen corriendo en todas direcciones, como las cuentas de un rosario desengarzado sobre una superficie lisa, y la pesada caballería ultramontana, sorprendida por aquella evolucion, hallándose sin objeto en quien cebar su furia y hecha blanco de las ballestas enemigas, reconoce bien á su costa en la que juzgó desatentada fuga, un diestro movimiento de la terrible táctica peculiar de los españoles y tan fatal para los extranjeros en sus guerras de la Península, cuando por su mal han tratado de invadir este país.

Así, retrocediendo y combatiendo siempre los compañeros de Ramirez, aprovechándose hábilmente de las desigualdades de un terreno sumamente accidentado para dañar á mansalva á sus perseguidores, sin cejar estos en el avance por más intrepidez é inteligencia que empleaban aquellos para detenerlos, llega-



ron unos y otros al baluarte de Matalobos, donde ya no era posible sostener la bandera del soberano legítimo.

Colocado Garci-Ramirez en la cabeza del puente protegía, ayudado por algunos hombres determinados, el paso de los ménos diligentes en buscar amparo detrás de los muros, creciendo su valor al compás que arreciaba el peligro, y sin duda hubiérase puesto en salvamento despues de guarecidos todos los suyos, si las lanzas enemigas hubieran tenido jefe ménos ducho é intrépido que Duguesclin. Pero éste, haciendo echar pié á tierra parte de su gente, y formándola en cuña, se dirigió á forzar el paso mientras el resto de los escuadrones vadeaba el arroyo atajando la retirada de aquellos obstinados combatientes. Entonces un clamor de agonía y desesperacion, aunque brioso y decidido, se alzó ronco y unánime del apiñado grupo castellano. ¡Madrid por D. Pedro el Justicero! gritaron arrojándose espada en mano sobre la columna de ataque más inmediata, en el centro de la cual hallaron honrosa muerte los que como su valiente capitán no quedaron aprisionados.

V.

*El preso y la fuga.*



Desfigurado por la fatiga, cubierto de lodo, apesadumado y confuso, se presentó el escudero Mendo la misma noche de la batalla á dar cuenta á Ivan-Ramirez del paradero de su hijo. Oídos con semblante sereno los pormenores del suceso, haciendo callar la emoción

que ahogaba su pecho, rompió el silencio el inclito patricio, preguntándole con voz entera:

—¿Ha dado García muestras de amilanamiento en algun lance de la pelea?

—Señor, se ha batido como bueno sin alterar un punto la color del rostro.

—Entonces, Dios proveerá. Vé á satisfacer la impaciencia de su madre, refiriéndola lo mismo que me has contado.

Al convento de Santo Domingo se dirigió el fiel servidor á desempeñar su penoso encargo, y puesto delante de las señoras acogidas, hizo de nuevo la dolorosa narracion de los fatales acontecimientos del dia. No encontró en este lugar oyentes mesurados como en el Alcázar: profundos sollozos, anhelantes interrogatorios, interrumpieron á menudo su discurso: cuál exigia noticias de un esposo querido, otra del hermano, aquella de una persona amada. Calló por fin despues de largo rato, dando lugar á la esposa de Ivan, que así le dijo con sentido acento:

—¡Ah, Mendo, qué mala cuenta me das del hijo que te encomendé!

—He combatido durante todo el dia sin apartarme de su lado. Cuando fué hecho prisionero yacia yo en tierra entre los piés de los caballos; de allí, no pudiendo hacer otra cosa, tuve la suerte de lograr deslizarme, aunque magullado, hasta los pretilos del puente, y arrojarme al agua para ser portador de las tristes nuevas que habeis oido.

—Está bien, fiel servidor, continuó la affigida madre; el dolor me hace ser injusta contigo: olvida mi querella y retírate á gozar del reposo que tanto necesitas.

Usando del permiso que se le otorgaba, abandonó

la estancia el escudero, y tan distraído marchaba con su pensamiento, que no se apercibió que la linda Elvira de Vargas caminaba sobre su huella, hasta llegar á una retirada pieza poco transitada á la sazón. Detuvo el paso con respeto aguardando las órdenes de la doncella que afanosa le seguía, la cual, sin dar lugar á incertidumbres, preguntó con ansiedad apenas se vió cerca de él:

—¿Sospechas que pueda correr algun peligro la vida de Garci-Ramirez?

—Temo, señora, que las compañías blancas, que tantas pérdidas han sufrido en la batalla, traten de tomar venganza en los leales que han caído en su poder.

—¡Oh baldon, oh mengua! exclamó la jóven encendidas por la cólera sus mejillas. ¡Y así te atreves á pronunciarlo sin proponer algun remedio para evitar tamaña desdicha? ¡Corazon pusilánime, procura conservar tu inútil vida á cambio de la vergüenza, que mientras tanto yo sola, débil y abandonada mujer, he de intentar á toda costa libertar á ese cumplido caballero!

—Callad por piedad, señora, que las afrentas de una dama matan como las heridas recibidas por la espalda, sin dejar lugar á la defensa. No será generosa intrepidez sino temeraria locura obstinarse en sacar á mi señor de poder de sus enemigos; pero vive Dios, que ya con mi propio acero hubiera puesto fin á mis días, á no contenerme la esperanza de concluirlos mañana entre las espadas contrarias, donde hallaré la honra perdida, al paso que una muerte cierta, acometiendo esta aventura desesperada.

—Ahora reconozco en tí al digno escudero de García. Si con efecto estás decidido á salvar á tu dueño ó

perecer, ven á esperarme á la puerta del convento antes de la alborada, y juntos daremos cima á la empresa ó correremos una misma suerte.

Inútiles fueron cuantas razones quiso Mendo oponer, asombrado de tan enérgica resolución; por su mismo honor tuvo que consentir en los deseos de la joven, y en verdad que no podía esta escoger compañero mejor cortado para el caso. Criado desde pequeño en casa de Ivan, de quien recibia los auxilios necesarios para seguir la carrera eclesiástica á que se dedicaba, no habia conocido más padres que sus señores, á quienes profesaba una fidelidad á toda prueba. Tan á propósito para revolver las páginas de los sagrados cánones como para embrazar un escudo y empuñar una lanza, astuto y ladino como legítimo madrileño, era de esperar saliese con su intento, siempre que no rayase en lo imposible.

Pero dejemos trascurrir algunos dias, al cabo de los cuáles lleguémonos por vía de paseo en los alrededores, hasta el tantas veces citado arroyo de Matalobos, en cuyo sitio hallaremos abundante materia en que ejercitar nuestra curiosidad.

No pasemos de su orilla derecha, donde se alza una casa solitaria en que yace prisionero Garci-Ramirez, vigilado por una guardia avanzada de las compañías blancas, á la puerta de cuyo edificio mueven los soldados grande algazara, entretenidos con dos aldeanos de diferente sexo, llegados allí á vender una carga de sandías y melones que en un asnillo conducian.

—Ea, nobles caballeros, decia el labriego, hé aquí la más regalada fruta de toda la comarca; vengan por ella, y no les empezca lo subido del precio, que á fé de quien soy, me daré por bien pagado con lo que les

cumpla ofrecirme, á trueque de ver satisfechos á los bizarros campeones de mi soberano D. Enrique: mala landre consume al que su mal desee.

—Calla, le contestó uno de los soldados, chapurando el castellano, que vas á poner blanco de rabia, si llega á oírte, al moreno capitan que tenemos preso ahí dentro.

—¡Jesús, qué feo será! repuso la donosa lugareña, linda como una flor, haciendo el mohín más hechicero para manifestar su repugnancia; nunca me han gustado los hombres morenos.

—¡Bien, bien dicho, paisanita, contestó el grueso sargento encargado del puesto, balanceando con la gracia de un espanta-pájaros su amazotada persona; yo soy muy blanco.

—Y rubio como unas candelas, añadió la muchacha.

—Sí, sí, y colorado; furiosamente colorado, y además muy grande.

—Eso es lo que se llama un completo buen mozo. Tomad, seor galan, y refrescaos la boca á mi salud, dijo la moza alargándole uno de los melones.

—¡Oh, comed, señor de Escarbagnad; es cosa buena, aunque tiene bastante dura la pelleja, le aconsejaba su segundo tratando de hincar el diente á la fruta por la cáscara.

Estará exquisita remojándola con vino, prosiguió el sargento; yo no habia comido nunca calabazas tan dulces, pero ya lo sé para otra vez.

—Vamos, gallardo oficial, continuó la aldeana, tengo mucho deseo de reirme de ese horrible prisionero; ¡no podriais darme el gusto de verle en vuestra compañía por supuesto.

—¡Oh; ¡oh! no es permitido.

—Pues qué, ¿á vosotros, las mejores lanzas de la cristiandad, os infundirá recelo la presencia de una mujer y un destripaterrones, más torpe que murciélago al medio día? Porque mi hermano es tan malicioso que si él no viene no me dejará sola con un gentil hombre como vos.

—¡Je, je! Vos sois una gran picarilla, contestaba riendo el comandante, dejándose conducir al interior de la casa por el dulce impulso de la niña.

—Eh, muchacho, gritaba ésta; ven acá y trae una fruta de las podridas, que vamos á hacer rabiari con ella al preso.

Pronto llegaron al encierro de Garci-Ramirez, que asaz mústio y pensativo se encontraba, cuando vino á sacarle de su distraimiento la inopinada presencia de Elvira y Mendo en la puerta de su prision, que abrió el sargento á fin de darles paso. Mucho dominio sobre sí mismo necesitó el caballero para no comprometer á los fingidos campesinos con alguna involuntaria muestra de asombro, al ver á sus amigos en tan desacostumbrado traje; mas á fuer de advertido comprendió al golpe que bajo aquellas apariencias alguna estratagema se ocultaba, á darle libertad enderezada; y aunque no concebía cuáles medios pudieran haber adoptado para conseguirlo, determinó dejar correr los acontecimientos y apelar al disimulo echándola de enojado por las pullas y denuestos que los mentidos rústicos le dirigian, con gran solaz del soldado breton.

Así, cambiando dimes y diretes, entretuvieron un breve espacio, hasta que Mendo, mostrando una gran sandía que bajo su gaban ocultaba, la presentó al joven afectando una actitud gravemente burlesca, diciéndole al mismo tiempo:

— *Sedulo frange peponem istum et nemo videat* (1).

— ¡Uf, uf! gruñó el sargento: ¿qué has dicho?

— Alguna tontería de las muchas que acostumbra, repuso la muchacha; es sacristan en el lugar y nos tiene estomagados con sus latines. Ea, vámonos, que está el burro abandonado y el señor oficial tendrá prisa. Mañana volveremos.

— Bien, bien, volved mañana, y yo tendré para tí un grande trozo de buey asado y mucho vino de lo bueno.

— ¡Qué lástima, iba diciendo el escudero, marcharnos ahora cuando yo había empezado á echarle un conjuro por ver como contestaba!

— Anda, imbécil, anda, le apostrofaba el jefe empujándole por la espalda: ¿crees tú que es algun monje para entender esa lengua?

Apenas García vió cerrada la puerta y por el ruido de los pasos conoció que sus visitantes se alejaban, mirando antes á uno y otro lado por exceso de precaucion, abalanzóse impaciente á reconocer el misterioso fruto, recomendado por su amigo en idioma ininteligible para el receloso guardador. Cogióle del rincon donde Mendo le arrojó como despreciado y advirtió lo primero que su parte superior estaba cortada circularmente formando una cubierta ó tapa que ajustaba sin dejar resquicio alguno, como si tal corte hubiera sufrido.

Levantada esta dejábase registrar todo el interior de la sandía, hueco y vacío de su carne ó pulpa, conteniendo en la cavidad una escala de cuerda, una lima

(1) Abrid con cuidado esta sandía, sin que nadie

os vea.

y un pergamino escrito, en el que leyó Ramirez] lo siguiente:

„Cuando tengáis limados los hierros de una de las ventanas de vuestra prision que dan á espaldas de la casa, poned en ella un pañuelo blanco, en señal de que vais á aplicar la escala y descolgaros á la parte de afuera. Debajo de las rejas vigila constantemente un centinela; éste corre de mi cuenta. Nosotros, ocultos en los matorrales fronteros, estaremos en acecho todas las noches. Los enemigos hablan de levantar el cerco y en este caso su despecho será terrible. Valor, y acordaos que hay dos personas queridas dispuestas á morir con vos.“

Todo se verificó á medida del deseo. A los pocos días, cierta noche de Octubre en que el huracan rugía desatado, apareció un lienzo blanco en un antepecho de la cárcel del capitan. En el instante se dejó sentir el ruido y movimiento que causaria entre las cambroñeras y hojarascas la marcha de uno de los muchos lobos ó raposos que acostumbraban venir á apagar su sed en el arroyo. Muy luego se advirtió como una sombra humana deslizarse en un pequeño claro que se formaba alrededor de la casa, y con dos ágiles y poderosos saltos arrojarse sobre el descuidado centinela, hundiéndole la daga en el cuello sin dejarle ni aun la facultad de articular un gemido.

Al mismo tiempo otro bulto, descolgándose de lo alto, llegó al suelo y se echó en los brazos del ejecutor de aquel desafuero.

—¡Querido Mendo!

—Señor: doña Elvira nos espera impaciente, y tres caballos tenemos prevenidos, pues la entrada en la villa es imposible.

—Corramos á ganar la sierra de Guadarrama, y de



allí al reino de Galicia, donde nos incorporaremos con el rey don Pedro.

Allá llegaron felizmente, y en la catedral de Compostela se dieron ambos amantes la mano de esposos, previo el consentimiento paternal que de anterior fecha tenia concedido.

## VI.

### *La victoria de Don Enrique.*

Todo era movimiento en los reales de don Enrique: las tiendas alzadas, las banderas recogidas, y los sitiadores, pocos dias antes tan confiados en torno de la indómita villa, contemplándola ahora de lejos ávidamente, á semejanza del águila rampante á quien el deseo estimula y el temor impide abatirse sobre la presa codiciada, indicaba bien claramente la resolucion de levantar el cerco. Aunque dueño del terreno en el último combate, bien pudo el de Trastamara decir cual Pirro despues del triunfo de Heraclea: «Otra victoria como esta y me vuelvo sin un soldado.» En efecto, habian demostrado las tropas del concejo tal brío en acometer, tal constancia para resistir, y tanta pericia en sus movimientos, áun desplegados en campal batalla é inferiores en número, que no era dudoso vaticinar las terribles pérdidas que hombres tan determinados serian capaces de causar al imprudente contrario que fuese á hostigarlos al abrigo de sus muros.

Por otra parte, urgíale más al bastardo acudir Sevilla, en la cual tenia numerosos parciales, á preci-

pitara la retirada de su hermano, que no empeñarse en una empresa donde podrian tener fin desgraciado sus ambiciosos é injustos deseos.

Dictando estaba las últimas órdenes, y ginetes y peones aparejados en son de marcha sólo aguardaban para emprenderla sin demora el anuncio de los marciales instrumentos, cuando vienen á manifestarle que una pobre anciana solicitaba con empeño ser admitida en su presencia.

Era el conde accesible en sumo grado y amigo de comunicarse con toda clase de personas; así que no bien escuchada la súplica fué introducida la infeliz mujer en el titulado alojamiento real, trémula, agitada al extremo de tener el de Trastámara que atender á tranquilizarla diciéndola con tono afable:

—Calmaos, honrada dueña; exponed vuestra cuita, y decid pronto en qué puedo ayudaros, pues estoy de prisa y el tiempo apremia.

—No vengo á pedir ayuda, que la desgracia me ha enseñado á pasarme sin la proteccion de los grandes de la tierra; vengo á prestaros un servicio cual no podrán alcanzar todas vuestras huestes y tesoros, contestó la vieja con acento lúgubre y casajoso, ya repuesta de su turbacion.

—¿Vienes, por ventura, repuso D. Enrique en tono de chanza, á poner á mi servicio algun poderoso ensalmo ó exorcismo? porque de otro modo no comprendo cómo podrás realizar tus jactanciosas promesas; á pesar de esto no dejaré de escucharte. Habla sin temor, que no se hará esperar la recompensa si me dejas satisfecho.

—Sólo á V. A. revelaré las cosas nunca pensadas que ocasionan mi presencia en este lugar.

Despejada la estancia y mano á mano la misteriosa

vieja y el futuro monarca, comenzó aquella sus confidencias del modo siguiente:

—Me llaman la hilandera del arrabal de San Ginés, porque vivo del producto de mi rueca en una miserable casucha entre el Postigo de San Martín y la Puerta del Sol. Cerca de la pobre choza que habito, existe una olvidada comunicacion subterránea que conduce hasta el arroyo del Arenal, seco la mayor parte del año. Muchas veces, cuando el cierzo soplabá desencañado ó la lluvia caía á torrentes, me ha prestado dicha galería un abrigo que mi ruin habitacion no podia concederme; razon por la cual únicamente yo conozco todas sus ramificaciones. Ya comprendéis, señor, que una tropa determinada, introduciéndose con cautela por este camino, conseguirá apoderarse de uno de los arrabales más importantes y llegar de rebato, siguiendo la enjuta madre del barranco, hasta el pié del Alcázar por su parte menos defendida. Ahora sólo resta que el jóven bizarro aspirante á una corona, tenga suficiente atrevimiento para coger el triunfo que pone á su alcance la anciana desvalida, motejada con el epíteto de bruja.

—Estoy convencido de tu afecto á mi persona; pero dime ¿cómo has tardado tanto en hacerme una revelacion de tal consecuencia?

—Porque esperaba diese vuestra gente el asalto y recrear mi vista en el destrozo de esos villanos parciales de D. Pedro, á quien Dios maldiga.

—Después de oculto el sol acudiré á tu casa para que me guíes y á los míos por ese incógnito camino. ¿Fallecerá tu valor?

—Escoged animosos á los que os acompañen, que tendrán que serlo mucho si han de seguirme á donde yo los lleve.

Algo más de media noche sería cuando el bastardo fué á llamar á la puerta de la hilandera que desvelada le esperaba, acompañado de un buen trozo de soldados, exploradores solamente de las numerosas compañías que ocultas en las inmediaciones aguardaban el aviso de estar los primeros posesionados de la mina para penetrar de golpe en el arrabal. Precedidos por la vieja, á quien el ódio contra los madrileños parecía comunicar una actividad superior á sus años, llegaron á la entrada del estrecho pasadizo, donde sacando los hachones que llevaban apercebidos se prepararon á encenderlos para iluminar el camino.

—¿Qué vais á hacer? exclamó la confidente: ¿no conocéis que el resplandor de las antorchas pondrá en alarma á los atalayeros que vigilan sobre el muro, y todo está perdido? Quitad allá, que sólo este candil que llevo preparado ha de ser la estrella que nos guie. Y poniéndose al frente de todos penetró en el callejon seguida de cerca por D. Enrique y su escolta. Estaba el pasadizo labrado en zig-zas, y á un lado y otro se abrian varios ramales que daban origen á otras comunicaciones, obstruidas y sin uso desde tiempo inmemorial, pero que formaban una red ó complicado laberinto, en el que fuera expuesto aventurarse sin práctica suma en sus revueltas y escondrijos. No sin gran dificultad iban internándose en el tortuoso pasaje, cuando repentinamente, al aproximarse á la salida, un golpe de viento mató la vacilante luz que les alumbraba sin haber medio de encenderla de nuevo. Desesperada era la situacion para los enriqueños: retroceder sobre sus mismos pasos era imposible, engolfados como se hallaban en medio de las tinieblas en aquellas sinuosidades: para sorprender el arrabal eran pocos en número. Por otra parte, ¿no podrian haber sido

víctimas de una traicion y hallarse encerrados sin recurso á merced de los parciales de D. Pedro? En esta última idea acabaron de confirmarse al oír á la vieja balbucear con su voz cascada:

—Esperadme aquí sin moveros: voy á salir al arrabal donde encenderé el candil pretextando que vengo fugitiva.

—No te moverás de mi lado, maldito vestiglo, hasta que busques modo de sacarnos á salvo, le amenazó D. Enrique poniendo la punta de su daga en el pecho de la anciana y haciéndola sentir el acero á través del jubon; nos has tendido un lazo infame, pero ha llegado tu última hora si no le deshaces por tí misma.

—Detente, príncipe arrebatado, exclamó la vieja, que estás maltratando á la persona que en toda Castilla se interesa más por tu causa: soy la viuda del platero de Toledo, que murió loco y hambriento, víctima inocente de las crueldades de tu hermano.

—¿Y madre del generoso jóven que dió su vida en cambio de la del autor de sus dias? continuó D. Enrique.

—Yo soy esa desventurada.

—Entonces ve á encender tu luz, que aquí te aguardo sosegado.

No tuvo el de Trastamara motivo para arrepentirse de su resolucion; á poco rato volvió la anciana con el candil encendido; los soldados se alojaron en la boca de la mina, acudieron los que estaban apercebidos, y todos juntos desembocaron en el barranco, de donde unos se dirigieron á posesionarse del arrabal y otros, capitaneados por el Bastardo, á sorprender el Alcázar. Hasta el puente levadizo, echado á la sazón, llegaron estos últimos, si bien no tan silenciosos que no fuesen sentidos por los vigilantes. Un ruido y desesperado

combate se empeñó entre los encargados de su custodia y las numerosas fuerzas enemigas, que, arrollando toda resistencia, amenazaban penetrar en el fuerte, apoderándose de la puerta y escalando la escarpa. Pero allí apareció el nunca descuidado Ivan Ramírez, y reuniendo unos cuantos soldados animosos, coronó con varios de ellos las almenas, formando con los restantes una columna, puesto á cuyo frente se lanzó á arrojar á los contrarios al glacis de la fortaleza. A fuerza de valor consiguió desembarazar el puente, dejándole alzado al retirarse con los suyos, aunque cubierto de mortales heridas, confirmando su hidalguía con estas palabras pronunciadas poco ántes de espirar:

—Decid al rey que satisfago la deuda con él contraída devoliéndole la vida que me conservó junto al cubo de la Almudena.

En esto las tropas invasoras del arrabal de San Ginés, reforzadas con las que retrocedían del Alcázar, se ostentaban dueñas de esta parte del pueblo sin ser posible resistirlas. El usurpador enarboló la bandera real en la casa de la hilandera, desde donde envió á los madrileños parlamentarios ofreciéndoles ventajosas condiciones si se daban á partido; pero el concejo los despidió apercibidos de que en adelante todo mensajero encargado de tratos en nombre del titulado soberano, sería recibido á saetas.

Por fin, perdida la esperanza de quebrantar constancia tan inalterable, levantó el cerco D. Enrique en 24 de Octubre de 1366.

Cuando posteriormente llegó á ocupar el trono, dispuso que en la puerta de la casa de la hilandera, régicamente recompensada, se colgase un gran candil de plata, en memoria del servicio que le prestó el de la

vieja en su expedicion subterránea, del cual tomó su nombre la pequeña calle que allí se formó andando el tiempo, y aún existe en la actualidad.

Muerto D. Pedro de Castilla á impulsos de un puñal fratricida, reconoció la villa de Madrid por monarca á su hermano y competidor, quien, aunque al principio la privó de parte del territorio, siempre la tuvo en grande aprecio en consideracion á su lealtad hácia el legítimo soberano, y residió largas temporadas dentro de sus muros.

visto en su expedicion subterránea, del cual se  
 descubrió la pequeña calle que allí se formó en todo el  
 tiempo, y aun existe en la actualidad.  
 Alvaro D. Pedro de Castilla y Jimenez de un pa-  
 ñal realista, reconoció la villa de Madrid por un  
 ca. a su hermano y capellan, quien cuando al prin-  
 cipio le privó la parte del territorio, siempre le tuvo  
 en grande respeto en consideracion a su lealtad hacia  
 el soberano, y recibiendo largas temporadas don-  
 do de sus hijos.







1058556



60984 81800